

DESPUÉS DE LAS QUINIENTAS MUJERES

DESPUÉS DE LAS QUINIENTAS MUJERES

Los lectores que han pasado el capítulo que se titula *Antes de las quinientas mujeres*, deben pasar éste, que es el viaje de vuelta, con el mismo itinerario en sentido inverso, y algunas palabras en estilo telegráfico sobre *Kandy*, en la isla de Ceylán.

Salgo de Saigón en el paquebot de las Mensajerías marítimas el *Ava*.

El comandante Vimont se ha dignado facilitarme uno de los dos hermosos camarotes situados junto al suyo, sobre el puente. Viajaré más cómodamente aún que en *Yang-Tsé*.

Nos hacemos á la vela á la una de la madrugada, durante la noche del *sábado 14 al domingo 15 de Enero de 1888*.

Llegamos al cabo de Santiago á las seis de la mañana. Nos dirigimos hacia Singapoore.

Nombres de algunos pasajeros: M. Piquet, plenipotenciario que fué en Cambodge y subgobernador de Cochinchina. Regresa á Francia, de donde no tardará en volver indudablemente con un cargo más elevado. Ocupa el otro camarote del puente al lado del mío. Es para mí gran fortuna tener tal vecino. M. Villard, que acaba de desempeñar un destino oímpertante en Cochinchina. El doctor Jan, M. Corte, comandante de artilleros argelinos, el doctor Rossel, M. Huyn de Vemeville, y el encargado de negocios indígenas y gran cazador de tigres y elefantes, de quien he tenido antes el gusto de hablar. Un afectuoso recuerdo á todos estos deliciosos y simpáticos compañeros de viaje.

Hemos hecho la travesía del cabo de Santiago á Singapoore en dos días y medio, con tiempo hermosísimo y mar tranquila.

El martes 17, á las once de la noche, estamos á la vista de Singapoore. Anclamos en la rada. Entramos en el puerto y se amarra á las cinco de la mañana.

Salimos el mismo día á las cinco de la tarde. Magnífica vista al salir del puerto.

CUATRO DÍAS COMPLETOS DE SINGAPOORE Á
COLOMBO, SIN CONTAR EL DE SALIDA NI EL
DE LLEGADA

El mismo tiempo, hermosa mar.

Llegamos á Colombo el domingo 22, á las cuatro de la mañana. No habiendo de salir hasta el día siguiente, tengo tiempo de ir á Kandy, sueño que acarició desde la primera vez que pasé por Ceylán.

A las cinco y media, medio á oscuras todavía, salgo de mi camarote, dispuesto á bajar á tierra y prevenido para la calurosa jornada, tanto más calurosa cuanto que pienso verlo todo, ir á Kandy en el tren de la mañana y volver en el de la tarde, sin que haya que contar con siesta ni baño á las horas de más calor. Por lo demás, mi atavío es de los más primitivos; una camisola de franela, ligera, una chaquetilla de tela blanca, abotonada hasta el mentón, lo que permite prescindir de la camisa; un pantalón tan fino como la chaqueta, zapatos bajos, de paño, y un casco, el casco indio, de corteza de árbol, con grandes rebordes por detrás para preservar la nuca.

Me impaciente: los pasajeros con quienes pienso ir á Kandy no están preparados todavía. ¡Si perderé el tren!

Por fin vienen y me tranquilizan; los domingos se sale una hora más tarde.

Los bateleros del puerto, verdaderos salvajes, subidos en sus piraguas de balancín, se acercan á los costados del *Aca* y nos ofrecen sus servicios. ¡Oh! No se han declarado en huelga como lo están en el momento en que escribo estas líneas, en que evoco estos recuerdos, los cocheros de París.

Partimos. Mi balancín se porta muy bien: solo una ducha al entrar, lo que hice con mucha torpeza. Pero, ¡la ha de secar tan pronto el sol!

Desde mi piragua paso á un coche que nos lleva en pocos minutos á la estación.

El tren nos espera: grandes vagones por donde circula libremente el aire, y un comedor, lo que nos permitirá almorzar en ruta.

Desde que salimos de Colombo un encanto, una orgía de vegetación. Verde sobre verde, flores de todos matices, sobre flores; palmeras, bananeros, cocoteros, bambús, plantas trepadoras, confundidos, creciendo unos sobre otros en magnífico desorden. De cuando en cuando una llanura, un arrozal, una aldea, abundantes arro-

zos, lagos, y á lo lejos, muy lejos aún, una larga cadena de montañas perdidas entre lo azul del cielo.

En los senderos, en los sonrosados caminos que costea la vía férrea, muchachos jóvenes y hermosos con largos cabellos, y con vestidos de colores vivos ó medio desnudos, sin que su desnudez tenga nada de chocante, caminan lenta, gravemente como reyes de comedia; pero con gracia natural.

Junto á un lago una porción de mujeres y muchachas completamente desnudas. Sorpréndelas el tren y se arrojan al agua por decoro. Afortunadamente no hay mucha profundidad en aquella parte, y nuestras indiscretas miradas divisan al vuelo lindas pechugas y bustos de bronce claro.

Algunas estaciones están muy animadas. Los habitantes del país me ofrecen cocos, bananos, y, sobre todo, flores. ¡Y qué flores! Las hay tan grandes como un ramillete.

En la estación de *Rambukana* dejamos nuestro vagón para pasar al *Dining-car*.

Almuerzo un poco tostado, medio inglés y medio indio: el eterno *Kari* y una porción de platitos fuertemente sazonados. Pero la cerveza está bastante fresca, y el vino de palma, que

me empeño en probar, me parece excelente. Por lo demás, hacemos poco caso del almuerzo, deslumbrados como estamos por el hermoso paisaje que se presenta á nuestra vista.

Desde hace una hora ha cambiado de aspecto. El tren sube, sube siempre. A nuestros piés, un precipicio de trescientos ó cuatrocientos metros; luego, abajo, grandes valles, arrozales, cultivos de té, árboles, todavía árboles, pero de una vegetación menos tropical, y á lo lejos montañas limitando el valle. Por un instante me ha parecido que estaba en los Pirineos. Miro á la derecha, miro á la izquierda, adelante, atrás y quedo maravillado.

Me enseñan una cascada, un ramo de flores asombrosas, un ave gigantesca, un mono subido á un árbol, y no sé hacia qué lado volverme.

Después de habernos elevado hasta seiscientos metros, volvemos á bajar, y hémos ya en Kandy. Decididamente, este camino de treinta leguas por el interior de la isla merece su gran reputación.

Y Kandy, la antigua capital de la isla de Ceylán, ¿es digna de su renombre? No; es demasiado inglesa. Su lago no vale lo que el de Enghien. La ciudad de los indígenas no tiene el carácter de los pueblos que hemos visto por el camino.

Las ruinas del palacio están realmente muy arruinadas, y el templo donde dicen que se conserva un diente de Budha, no vale la pena del viaje. En cuanto al diente, no le he visto... y me tiene sin cuidado.

Después de un momento de descanso en la galería de *Queen's Hotel*, donde una encantadora de serpientes nos muestra sus reptiles, tomamos un carruaje para ir al jardín de Peradeniya. Valor se necesita, porque el sol abrasa.

Primero el lago, luego numerosas *villas* de ingleses é inglesas que están de campo, precioso camino, muy alegre, muy florido, y llegamos al jardín en cuestión. Según muchos cingaleses, en él y no en el pico de Adam es donde estuvo situado el paraíso terrenal. Bien está; á todo me avengo. Pero la manzana me preocupa algo: no hay ni un manzano en Ceylán. ¿Si se comerían Adam y Eva un ananá ó un coco? De otra parte, me atormenta la idea de que nuestros primeros padres fueran tan culpables: ¡por glotonería, dar motivo para que los arrojasen de un lugar como Peradeniya!

¡Hé aquí ahora un despilfarro, una orgía, una locura de la vegetación! Arbustos y plantas acuáticas de forma y color extraños, y árboles extraordinarios que la naturaleza ha debido crear

en un día de delirio. Uno de mis acompañantes me enseña un banano: me lo esperaba; el banano es de precisión. Quien no lo ha visto, no ha visto nada. A los que no lo conocen... y creo que son muchos... les diré que es un árbol gigantesco, que los indios consideran como sagrado. Sus ramas crecen horizontalmente, se doblan hacia la tierra, toman en ella raíces, y forman un nuevo tronco. El árbol revive por sí mismo: sus retoños, sus hijos, le dan nueva existencia y le hacen eterno.

Sigo mi paseo por este jardín mágico y creo estar soñando. Muchas veces dudo si estoy en la tierra, ó si, á fuerza de viajar, de ir siempre adelante, abré acabado por pasar á otro planeta, un planeta alumbrado y calentado por infinidad de soles.

Sin volver á Kandy, llegamos á una estación próxima á Peradeniya, y recorreremos en sentido inverso el camino de esta mañana. Bien se puede volver á verlo.

Llegamos á Colombo á los siete de la tarde, á comer. Este delicioso viaje no ha durado más que doce horas.

Salimos de Colombo el *lunes 23, á las seis de la mañana.*

Ha aumentado mucho el número de pasaje-

ros, á consecuencia de un accidente ocurrido al buque del Estado *Schamrock*, que, habiendo salido de Saigón ocho días antes que nosotros y con rumbo á Tolón, ha arribado á la costa entre Colombo y la punta de Gales, en la isla de Ceylán. El general de división Munier y varios de sus oficiales, que el *Schamrock* llevaba á Francia, prefiriendo continuar el viaje en el *Ava*, de las Mensajerías marítimas, se han embarcado en él durante mi excursión á Kandy. Al principio me contrarió tal aumento de pasajeros, porque éramos ya bastantes. Pero después de conocer al general, lo único que he lamentado es que rehusase mi hermoso camarote sobre el puente, que me apresuré á ofrecerle. ¡Qué hombre tan estimable y simpático! Con él me pareció corto el resto del viaje. Hoy manda la división de Constantina. ¡Ah, si tuviese yo tiempo de ir á verle!... También han embarcado en Colombo el conde y la condesa Horace de Choiseul y M. de Marolles, que viene de Pondichery, donde era tesorero general desde hace muchos años.

SEIS DÍAS COMPLETOS, SIN CONTAR EL DE SALIDA Y EL DE LLEGADA, PARA LA TRAVESÍA DE COLOMBO A ADÉN.

Martes 24.—Sigue el buen tiempo, 364 millas. A consecuencia de una avería en la máquina, durante la noche del martes al miércoles, la marcha se acorta y no andamos más que 327 millas, y 322 al día siguiente. El viernes 27 volvemos á las 351 millas. Al sol Poniente, la isla de Socotora, en la costa oriental de Africa. Se divisa el *Cachemyr* de la Peninsular.

Sábado 28.—A las seis de la mañana, el cabo Guardafuí. Al regresar, se da uno cuenta con más facilidad del naufragio del *Meihong* y de tantos otros. Existen, por decirlo así, dos cabos Guardafuí. Cree uno haber doblado el primero, y va á caer en los escollos del segundo.

Seguimos la costa durante toda la mañana; bella brisa, hermosa mar.

A las diez y media nos encontramos con el vapor *Fraonaddy*, de la Compañía, que pasa á cien metros de nosotros. Magnífico espectáculo. Es el paquebot con el que nos cruzamos por la

noche, en el canal, cuando iba á Marsella. Hoy él vuelve, y á nosotros nos toca ir.

Domíngo 29.—Se ve la costa de Aden desde las ocho de la mañana. Entramos en la rada á las once de la mañana. Salimos de Aden el mismo día, á las cinco. Grandioso aspecto de las montañas al sol Poniente.

DE ADEN A SUEZ, TRES DÍAS COMPLETOS, SIN CONTAR EL DE SALIDA NI EL DE LLEGADA.

A las once y media de la noche subo sobre cubierta para ver las luces de Perim, á la entrada del Mar Rojo. Paso estrechísimo. Como la bruma es muy espesa, disminuimos la velocidad, y nuestra sirena muge constantemente. Gracias á estas precauciones, el *Aza* pasa á una respetable distancia de varios buques.

Lunes 30.—Durante todo el día islotes á la vista, á estribor, hacia la costa de Arabia.

Martes 31.—325 millas desde el día anterior. Nuestra marcha ha disminuído. Viento fuerte, pero buen tiempo.

Miércoles 1.º de Febrero.— Nos despertamos en el estrecho de Suez. Tierra á ambos lados; parece que navegamos por un gran río. Varios vaporcitos hacia la costa. A las diez y media, un buque inglés pasa á 200 metros de nosotros. Saludos recíprocos. La vista del Estrecho es magnífica; las montañas muy iluminadas. Anclamos en la rada de Suez á las cinco. La Sanidad egipcia nos tiene en observación durante veinticuatro horas, bajo pretexto de que hemos estado en comunicación con el anejo de Bombay, donde ha habido algunos casos de cólera. Enarbolamos el pabellón amarillo de cuarentena.

Permanecemos en la rada todo el día 3. Entretengo el tiempo en admirar las rosadas montañas que nos rodean, y del lado de Suez el extremo del canal, donde se ve á cada momento entrar y salir nuevos navíos. Parece que caminan sobre arena. A las dos, un buque francés de gran porte sale del canal. Los de á bordo reconocen inmediatamente al *Annamita*, buque del Estado, que se dirige á Saigón.

Nos es sumamente agradable verle pasar sólo á algunos metros del *Ava*; pero á nuestro estado mayor le parece imprudente que pase tan cerca.

A las cinco aparejamos.

DE SUEZ Á PORT-SAID, VEINTIDOS Á VEINTICUATRO HORAS, CAMINANDO DE NOCHE.

Entramos en el canal. Navegamos durante toda la noche, gracias á la electricidad. Es un espectáculo que no me canso de mirar desde lo alto de la cubierta; parece que se navega por un río azul claro, rodeado de copos de nieve.

Sábado 4.—Al despertar, hace tiempo que hemos pasado Ismailia. Sólo nos separan de Port-Said 20 millas.

A las diez, durante el almuerzo, pasamos al *Natal* de la Compañía, que se ha detenido. A las cuatro llegamos á Port-Said.

Salimos á las tres.

DE PORT-SAID Á ALEJANDRÍA, DOCE HORAS PRÓXIMAMENTE.

A las tres de la mañana en Alejandría. A las seis entramos en el puerto.

Domingo 5.—Tiempo brumoso, lluvia. A las diez se apareja.

DE ALEJANDRÍA Á MARSELLA, CUATRO DÍAS COMPLETOS, SIN CONTAR EL DE SALIDA NI EL DE LLEGADA.

Mar agitada.

Lunes 6.—Viento fuerte, mala mar; sin embargo, por la tarde mejora algo. No hemos andado más que 272 millas del domingo al lunes.

Del martes 7 al miércoles 8.—Sigue el mal tiempo. El viento ha saltado al NE. Frío, lluvia. La mar muy fuerte. En el cuaderno de bitácora se lee lo siguiente: «Cielo claro, fuerte viento N.-NE.; violentas ráfagas. Mar muy gruesa. El buque cubierto frecuentemente por las olas.»

Por la noche, á pesar de estar muy acostumbrado (á los veinte años había atravesado ya cuatro veces el Atlántico), me es imposible llegar á mi camarote y me acuesto abajo, en la sala común.

El miércoles, 8, á las seis de la mañana, en-

tramos en el estrecho de Mesina. Hermoso sol, deliciosa jornada.

Jueves 9.—Desde por la mañana, se divisan las costas de Cerdeña. Nos dirigimos hácia las bocas de Bonifacio, á pesar del mistral que sopla muy fuerte, y parece que nos aconseja tomar el otro camino, por el Norte de Córcega. Se ve el mástil y una parte de la proa del buque inglés *Oguilvie*, que naufragó delante del faro, el 8 de Enero último, despues de haber pasado yo por vez primera el Estrecho.

Mal fin de jornada, mala noche. Por fin, á las cuatro de la mañana, la mar se calma. Al salir el sol estamos á la vista de Marsella. A las seis anclamos en el puerto.

Habiendo salido de Saigón el domingo 15 de Enero, llegamos el viernes 10 de Febrero, á las diez de la mañana, ó sea á los veintiseis días, con veinticuatro horas de cuarentena, veinticuatro de escala en Colombo, algunas averías en la máquina y mal tiempo en el Mediterráneo. Verdad es que el *Ava* está mandado por el lugarteniente de navío Vimont, que sin cesar se ocupa de su buque, sin descuidar, no obstante, á sus pasajeros... de los que algunos, como yo, vienen á ser sus amigos.

He concluído: he intercalado como deseaba mi viaje á Cambodge entre los dos itinerarios. Si á nadie le sirviesen, á mí al menos me ayudarán á recordar todas las etapas de este delicioso viaje, que me pareció muy corto.

FIN DE LAS QUINIENTAS MUJERES PARA UN HOMBRE SOLO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEX

LA PALOMA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, MEXICO